

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA  
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

## EL JUEGO COMO VÍA DE FACILITACIÓN DE LA SIMBOLIZACIÓN EN LA CLÍNICA CON NIÑES

THE GAME AS A FACILITATION ROAD FOR SYMBOLIZATION  
IN THE CLINIC WITH CHILDREN

Juliana Ott  
[julianaott@outlook.com.ar](mailto:julianaott@outlook.com.ar)  
Rocío Noemí Arauco Morullo  
[rocioarauco@hotmail.com](mailto:rocioarauco@hotmail.com)

Facultad de Psicología  
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

### introducción

El presente trabajo se desprende de la labor realizada en el marco del proyecto de investigación “Juego y constitución psíquica: su vínculo con lo histórico-social. El campo lúdico como soporte identificador en la infancia y la adolescencia”, dirigido por la Esp. Roxana Gaudio. Resulta de interés trabajar los conceptos de juego y simbolización pensados en la clínica psicoanalítica con niños, a partir de los cuales se trabaja y piensa el funcionamiento del psiquismo y las subjetividades que allí emergen.

Se parte de la premisa ordenadora que propone Silvia Bleichmar (1993), que la represión originaria es fundadora del aparato psíquico, en tanto su operatoria implica la división entre sistemas. La autora distingue así a la constitución psíquica, de la producción de subjetividad. La forma en que funciona el



psiquismo de un sujeto, implica el grado de estructuración psíquica y su dominancia, así como también su subjetividad. A partir del trabajo de estudio sobre dicho funcionamiento psíquico y el marco teórico desde el cual se trabaja, se podrá pensar cada intervención, entendiendo que el método debe ser siempre ajustado al objeto.

Se abordará la simbolización del psiquismo, que no es otra cosa más que diferentes modos de tratar la pulsión (Bleichmar, 2010). Es un trabajo singular y necesario, que constituirá las bases para la subjetividad en formación. Por otro lado, trabajaremos el papel del analista, el cual no debe quedar capturado en un rol meramente interpretante, donde no se habilite al placer de lo lúdico; así como tampoco debe negar la asimetría propia del dispositivo. Se vuelve importante considerar ciertos efectos que los cambios culturales relacionados con nuevas tecnologías le imprimen al funcionamiento psíquico y a la construcción de la subjetividad. Así, los niños y adolescentes contemporáneos obligan muchas veces a los analistas a enfrentarse a inéditos desafíos, en tanto presentan nuevas formas de aprendizaje, de conocimientos y modos de vincularse con el mundo.

### Marco teórico para pensar al psiquismo infantil

Para poder intervenir en la clínica, es necesaria una metapsicología sólida en la cual sostenerse, al mismo tiempo que se complejiza y enriquece a partir de aquello que se presenta y que obliga a pensar y repensar los sustentos teóricos desde los cuales elegir las intervenciones. Esto es lo que Silvia Bleichmar situó como de suma importancia en su libro *La fundación de lo inconsciente* (1993), al considerar que el método no puede pensarse a priori de conocer el objeto, y que es este en definitiva quien lo termina por definir.

Los conceptos metapsicológicos desde los cuales se entiende el psiquismo, son aquellos ofrecidos por Silvia Bleichmar, quien considera un aparato que se constituye, no clivado desde el origen de la vida. Es el otro a cargo poseedor de un aparato psíquico constituido, quien podrá asumir la función de doble conmutador, sexualizante y narcisizante. Seducción generalizada en los términos laplancheanos. Esto hará posible que el cachorro humano devenga en un ser humano sexualizado e inmerso en la cultura. Por ello la infancia se considera el tiempo de humanización, de constitución aparato psíquico.

Para Bleichmar, será le otre a cargo, a partir del ejercicio de la función narcisizante, denominada “narcisismo trasvasante”, quien otorgue los elementos ligadores de la pulsión implantada a partir de la sexualización. Genera así el entramado sobre el cual la represión originaria constituirá las diferencias tópicas. Para que la represión se instaure se requiere un narcisismo adulto, secundario, capaz de hacer circular al niño en tanto parte desprendida de sí mismo. Mediante esa identificación se generan las condiciones para la producción de un psiquismo abierto a nuevas recomposiciones (Bleichmar, 1993). Aparato psíquico que consideramos siempre abierto a la posibilidad de inscripción de materialidades nuevas durante todo el transcurso de la vida. Habiéndose conformado un topos definitivo a partir del momento en el que se produce la operatoria de la represión originaria, aquella materialidad inscripta y sepultada en el inconsciente, no encontrará salida alguna. Aquí lo nuevo tiene lugar, pudiendo producir reconfiguraciones psíquicas: ya sea por producir una ampliación del sistema preconsciente-consciente, ya sea por generar resignificaciones a nivel inconsciente. Este modo de entender el psiquismo se diferencia del estructuralismo clásico sostenido por Jacques Lacan y le permite a Bleichmar hablar de dominancia estructural y saltos estructurales.

Consideramos organizadora la distinción que realiza Silvia Bleichmar (2004) entre producción de subjetividad y constitución psíquica; donde la primera refiere a la forma en la cual las sociedades determinan las modalidades en que se constituyen sujetos que se integrarán al entramado social y sus sistemas; y donde la segunda refiere a los invariantes de la estructuración psíquica, que corresponden a los aspectos metapsicológicos del modelo. El psicoanálisis entonces, es un campo que no es ajeno a las condiciones histórico-sociales, sino que está en diálogo permanente con los movimientos sociales, culturales, científicos, económicos, políticos, tecnológicos de cada época y cada comunidad. Y esto se evidencia a partir de la articulación propuesta entre la concepción de la infancia como el tiempo donde un sujeto se encuentra en estructuración y la constante y continua producción socio-cultural de la subjetividad. Los modos de producción de subjetividad, en tanto determinantes histórico sociales, funcionan como herramientas que operan en la constitución psíquica. Las nuevas tecnologías, como los juegos de videos, películas, series, etc.; forman parte de los elementos que la cultura actual ofrece conformando parte del mundo simbólico de los niños.

En términos de Castoriadis (1993) se considera que el cachorro humano nace en una sociedad con un magma de significaciones imaginarias sociales que lo preceden y lo invisten. Enunciados identificatorios (Castoriadis Aulagnier, 1977) que anticipan su llegada. A partir de la operatoria del otro a cargo, este mundo invade al psiquismo incipiente, obligando a un proceso de metabolización.

Se puede mencionar, la emergencia al comienzo de la vida de la mónada psíquica, denominada así por Castoriadis al referirse a aquel tiempo en el que la psique se autorepresenta, allí donde rige el principio de placer (autoerotismo), el cual se juega en las representaciones y no a nivel orgánico. Luego, gracias y a partir de los procesos de sociabilización, el infans ingresa a

la etapa que el autor teorizó como triádica, pasando de la alucinación a la fantasía y diferenciando representaciones, afectos y deseos. Se ingresa en la fase del individuo social allí cuando el sujeto ha podido incorporar la significación imaginaria social de la sociedad. De este modo se inicia el proceso identificador para la psique, que no sólo llegará a la familia, sino que continuará en otras instituciones de la sociedad. Para este autor, la psique y la sociedad son solidarios, inseparables e irreductibles, en tanto y en cuanto sobreviven en la interrelación.

Retornando a la distinción entre producción de subjetividad y constitución psíquica, es fundamental recuperar algunas conceptualizaciones de Silvia Bleichmar (1999). La autora argentina afirma que será en el espacio de la clínica donde se interpelará e interrogará a la teoría misma. Esta autora se interroga sobre el objeto de la clínica con niños, asegurando que se podrán elegir las mejores líneas de intervención posibles, sólo si no se da por sentado la existencia de un inconsciente desde los inicios y una vez que se haya evaluado el objeto singular que se tiene en frente. En este sentido, y fundamentalmente al intervenir en tiempos de constitución del aparato psíquico, se inaugura un proceso de neogénesis, entendiendo a éste como “movimiento que en la práctica no se limita a recuperar lo ya existente, sino que intenta generar nuevas condiciones de simbolización, abrir nuevas posibilidades de vida” (Bleichmar, 1999, p. 12).

Es a partir de estos desarrollos conceptuales, que Silvia Bleichmar teoriza acerca de dos modos de intervenir, ambos tendientes siempre a la complejización del aparato psíquico. La intervención analítica, constitutiva, simbolizante, tiene como principal objetivo el ofrecimiento de una construcción simbólica, a la que el paciente no hubiese podido acceder sin la intermediación del analista. La interpretación, al estilo clásico freudiano, posee como fin la

deconstrucción de un sentido sostenido por el conflicto intersistémico, por una solución de compromiso que ya no permite evitar el sufrimiento.

### Teorizaciones sobre juego

A lo largo de la historia y en el campo específico de la clínica con niños, el juego se fue configurando como uno de los componentes fundamentales del dispositivo terapéutico, y diferenciales del psicoanálisis con adultos.

El llamado padre del psicoanálisis, Sigmund Freud contribuyó enormemente con teorizaciones sobre el juego infantil en artículos como “Personajes Psicopáticos en el escenario” (1907) y en “El creador literario y el fantaseo” (1908). Freud ubicó la actividad lúdica como precursora de la fantasía en el adulto y de las creaciones artísticas posteriores. En su texto, “Más allá del principio del placer” (1920) se ocupa nuevamente del juego, definiéndolo “como un modo de trabajo del aparato anímico en una de sus prácticas normales más tempranas” (Freud, 1920, p. 14).

En los inicios del psicoanálisis infantil, las hipótesis freudianas acerca del adulto eran corroboradas con los niños, ya que estos sólo eran entendidos como objetos observables; no se reflexionaba sobre su especificidad. Sin embargo, el niño comienza a ser pensado como un sujeto pasible de un análisis psicoanalítico, al iniciarse la práctica clínica con niños con mayor regularidad. Las autoras Anna Freud y Melanie Klein, fueron quienes iniciaron la labor clínica en el psicoanálisis infantil, esbozando diversos modos de pensar al niño, su funcionamiento psíquico y la práctica clínica misma. Realizaron, de esta manera, invaluable contribuciones acerca de los diversos modos de entender las posibilidades de analizabilidad en la infancia. En este contexto



de controversias, Melanie Klein no distinguió los organizadores que regían el análisis infantil, de los formulados por Freud para el psicoanálisis del adulto. Su formulación de un inconsciente temprano, un aparato psíquico constituido desde los orígenes, con un yo organizado y con un superyó establecido, le permitió realizar intervenciones clínicas en niños de edades muy tempranas. Fue la capacidad para asociar libremente y la intensidad de la angustia lo que distinguió al niño del adulto, para esta autora. Halló en la actividad lúdica el equivalente a la asociación verbal en el adulto. “El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños” (Klein, 1932). Así, el juego infantil debía ser interpretado como Freud hizo con los sueños ya que, al igual que éstos, permite un modo de acceso al inconsciente. De esta manera, Melanie Klein se convirtió en la fundadora de la técnica psicoanalítica del juego.

El precursor del psicoanálisis infantil en Inglaterra, Donald Winnicott, se interesó por la formulación de una teoría acerca del juego. Estableció de esa manera, una diferencia entre el “juego” y, el “jugar”. En su libro, *Realidad y Juego* (1979), definió al jugar –playing– es decir, a la actividad del niño cuando juega; como una actividad universal, natural en el niño, entendiendo que el jugar “corresponde a la salud”, facilitando el crecimiento y el establecimiento de relaciones con los otros. Winnicott (1979) afirmaba que el jugar tiene un lugar y un tiempo, es hacer cosas y es una actividad en la cual el niño puede explayar su creatividad. Para el autor, el jugar es una experiencia siempre creadora que se caracteriza por un estado de preocupación, “el niño que juega habita en una región que no es posible abandonar con facilidad” (1979, p. 76). El autor estableció de esta manera, la existencia de una zona intermedia de experiencia entre la realidad psíquica interna y la realidad externa en donde se despliega la actividad creadora que es el jugar. De esta manera, Winnicott (1979) hizo luz acerca de la importancia que el juego posee en la constitución del psiquismo



del niño. Lo definió como una actividad psíquica normal y así abrió una nueva perspectiva acerca del campo lúdico, por fuera del aspecto únicamente técnico que refiere a su uso en la psicoterapia.

### Simbolización, traumatismo y juego como producción simbólica

La simbolización del psiquismo no es otra cosa más que diferentes modos de tratar la pulsión. Es un trabajo singular que constituirá las bases para la subjetividad en formación. La autora afirma que la simbolización será el resultado más acabado y complejo de la operatoria del otro, que implanta la sexualidad y las vías de ligazón simbólicas provenientes de la cultura. De este modo la define: “La simbolización es algo absolutamente singular, individual del sujeto, pero no se constituye sino a partir de un universo de símbolos que la cultura ofrece” (Bleichmar, 2010, p. 53). Por otro lado, la autora introduce el concepto de heterogeneidad del aparato psíquico, haciendo referencia a los diversos elementos que pueden encontrarse en el psiquismo, con distintos grados de complejización. Desde este punto de vista, la palabra se vuelve el elemento más acabado de producción simbólica.

En su libro *Inteligencia y simbolización* (2010), la autora argentina plantea a la simbolización como retranscripciones endógenas y exógenas, a partir de operaciones, aportes y acciones exteriores. Al pensar al aparato psíquico como abierto a lo real, se habla de que nuevas inscripciones se producen continuamente, ingresando al aparato, y obligando a una reconfiguración al tomar contacto con elementos ya inscriptos en el psiquismo. Asimismo, Bleichmar plantea que siempre hay algo que escapa a la simbolización y que devendrá angustia, síntoma. Sin embargo, cuanto mayor sea la capacidad del sujeto de apropiarse simbólicamente de aquello, menor será el nivel de sufrimiento.





En este sentido, los dibujos, relatos y juegos son producciones simbólicas que permiten la expresión de la subjetividad. Para Silvia Bleichmar (1999), son necesarios ciertos prerrequisitos o condiciones: la operación de la represión originaria, el clivaje psíquico, que da lugar a la diferenciación entre instancias y a la instalación de la tópica. La dimensión placentera, que implica la actividad lúdica; y la articulación creencia-realidad, que presupone un clivaje longitudinal a nivel yoico, constituyen la doble dimensión del juego. Bleichmar lo conceptualiza como un modo de producción subjetiva, en un campo de intermediación entre la realidad y las creaciones fantasmáticas singulares. El juego posibilita la emergencia de elementos inconscientes, en el espacio de análisis, que sirven a los fines de la cura. Esto es gracias a la posibilidad de cambio de meta y de objeto, en tanto es una actividad sublimatoria.

La autora establece una distinción entre el juego y el pseudo juego; donde este último implica una certeza delirante, por lo que se halla cerrado a toda comunicación, teniendo como fin la descarga pulsional directa. Da cuenta de una falla de la operatoria de la represión originaria y por lo tanto en la instalación de la tópica psíquica, siempre y cuando sea esperable que la misma se haya establecido.

Susana Toporosi (2019) al conceptualizar sobre el traumatismo explica que lo alterado en el psiquismo es la capacidad de simbolización, ya que ésta queda fracturada frente al acontecimiento vivido. Es el analista quien debe encontrarle un sentido a las producciones elaboradas dentro del espacio analítico, al ubicar los restos de lo no metabolizado, lo no elaborado, que insistirá compulsivamente en los juegos, dibujos y relatos; podrá detectarlo a partir del impacto contratransferencial que aparece como disruptivo e inadecuado.

El juego, como puesta en escena de una fantasía inconsciente y gracias a la deformación (mecanismo psíquico), facilita la simbolización. Esta afirmación se sustenta en el hecho de que, en ese juego, algo de lo inconsciente se elabora, se metaboliza.

Bleichmar destaca al juego dentro del espacio analítico, en el que se produce el acceso al inconsciente. El juego en análisis se halla inmerso en la trama de una historia que se construye entre analista y paciente. En un dispositivo atravesado transferencialmente, la actividad lúdica debe ser acompañada por las intervenciones analíticas que propicien la elaboración psíquica, la simbolización. Es por ello que se piensa al juego en análisis como vehículo para la simbolización de aquello enquistado, inelaborado, inmetabolizable.

### Fragmento clínico de la elaboración psíquica de un niño de 8 años

Resulta imperioso trabajar, reflexionar e incluir ciertos efectos que los cambios culturales relacionados con nuevas tecnologías le imprimen al psiquismo y a la construcción de la subjetividad. Así, les niños y adolescentes contemporáneos obligan muchas veces a los analistas a enfrentarse a inéditos desafíos, en tanto presentan nuevas formas de aprendizaje, de conocimientos y de modos de vincularse con el mundo. Por ello, relataremos un material clínico donde el profesional a cargo del tratamiento tuvo la necesidad de adaptarse a la propuesta novedosa que el niño traía, la escenificación in situ de una serie de ciencia ficción.

Matías es un niño de 8 años, quien llega al consultorio por pedido del colegio y acompañado por su joven mamá, Ana. El padre de Matías se hace presente de manera intermitente durante los primeros 3 años de su vida, desapareciendo por completo desde ese momento, sin mantener ningún tipo de contacto.

La institución escolar demanda la consulta dado que Matías no puede quedarse sentado en clase, deambula, no copia del pizarrón y no realiza las tareas que se le piden, interfiriendo esto en su aprendizaje.

Matías se presenta, en el devenir del tratamiento, como un pequeño investigador de sus orígenes; incluso llamándose a sí mismo “mini Sherlock” (haciendo una clara referencia al personaje Sherlock Holmes, sagaz detective e investigador). Dos datos sobre su origen aparecen en el primer plano de la consulta: Matías presenta algunos conflictos a la hora de hacerse nombrar y/o ser nombrado, ya que en la escuela lo llaman con su primer nombre y en el consultorio pidió ser nominado con su segundo nombre. Además, sufrió un cambio violento y sorpresivo de su apellido a los 6 años, al actualizar el DNI. El padre había presentado los papeles para darle su apellido, hecho nunca informado ni acordado con la madre. Esto hace pensar en qué relatos sobre el origen le han ofrecido a Matías, qué enunciados, qué historia.

Al inicio del análisis, Matías dibuja un monigote en color negro, sin rostro ni bordes definidos; al tiempo que juega con un tablero de damas dándole vuelta sistemáticamente mientras describe una escena incomprensible para la analista al momento de las primeras entrevistas y que ya remitía a la serie “Stranger Things”.

En los encuentros sucesivos, Matías comienza a jugar a esconderse entre la pared y el sillón de la analista, formando un espacio oscuro y cerrado, el cual representaba en ese momento el “lado oscuro” que se observa en la serie antes mencionada, y le pide a la analista que lo ayude a salir de allí. Esto puede pensarse correlativamente, con la situación familiar de Matías y sobre las inscripciones y efectos en el psiquismo infantil, que se produjeron a partir de la aparición sistemáticamente discontinua del padre.

En este caso, aquello que pudo ser leído como un indicador clínico de una falla en la constitución del aparato, en verdad hablaba de la figurabilidad que le brindaba la serie, lo ofrecido por la cultura, en ese momento desconocido por la analista. Se vuelve crucial así, pensar el rol de les analistas en la clínica, especialmente con niños, como agentes activos. Activos en tanto es necesaria la interiorización de aquellos enunciados fuertemente presentes en la vida de les pacientes, ya sean dibujitos, películas, canciones, o como en este caso, una serie; con el objetivo de realizar una exploración diagnóstica adecuada y certera. En este punto, siguiendo los aportes de Beatriz Janin (2018) y desde una concepción del psicoanálisis atravesada por la ética, se apunta a la no patologización del sujeto, con el convencimiento de la innecesariedad de apresurar un diagnóstico, sino más bien tener el tiempo de conocer y explorar los modos de funcionamiento del psiquismo del sujeto en particular que se presenta al análisis, atendiendo a la subjetividad y su sufrimiento.

Es por eso que se hipotetiza que Matías hace uso de la serie como un modo de otorgar figurabilidad, encontrando una primera forma representacional a aquello que podría pensarse como no representado hasta ese momento. El juego introducido por Matías al espacio analítico, se presentó como facilitador de la simbolización, propiciando la puesta en palabras de aquello que le resultaba angustiante. Al tomar contacto con lo no tramitado, con los restos del traumatismo, la serie propició una figurabilidad, permitiendo su expresión por medio de la actividad gráfica y lúdica. Recuperando nuevamente la concepción de juego en análisis de Silvia Bleichmar, cabe destacar que ese trabajo de simbolización no se produjo aisladamente, sino mediante el trabajo de la analista al ofrecer intervenciones analíticas, construcciones o simbolizaciones de transición, capaces de dar lugar a la ligazón.

Así, les analistas no deben quedar capturados en un rol meramente interpretante, donde no se habilite al placer de lo lúdico; pero tampoco deben negar la asimetría que implica el dispositivo mismo, olvidando las conceptualizaciones y simbolizaciones que competen a la función propia del psicólogo.

Una reflexión final resuena en relación con el rol de los psicólogos, fundamentalmente de niños y adolescentes: la importancia de no apresurar un diagnóstico, teniendo como eje ordenador el par conceptual constitución psíquica y producción de subjetividad. Es el objeto, el aparato psíquico (en constitución en el caso de los niños), el que determinará el método a utilizar. Así, es crucial que el analista no confunda aquello del orden de la subjetividad, con fallas de la represión originaria, fundante del clivaje psíquico. Las intervenciones quedarán supeditadas a los modos de funcionamiento del psiquismo del paciente. Es la clínica la que interpela a la teoría. Son los límites que la clínica impone, los que permiten una reformulación, un volver a pensar de la teoría misma.

## Referencias

Bleichmar, S. (1994). *La fundación de lo inconsciente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Bleichmar, S. (1999). El carácter lúdico del análisis. *Actualidad Psicológica*, 24(263), 2-5.

Bleichmar, S. (2010). *Psicoanálisis extramuros*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Entreideas.



Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*.  
Vol. II. *El imaginario social y la sociedad*. Barcelona, España: Tusquets.

Castoriadis Aulagnier, P. (2014). *La violencia de la interpretación*.  
*Del pictograma al enunciado*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1989). *El creador literario y el fantaseo*. En *Obras completas*.  
Volumen IX. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Janin, B. (2018). *Infancias y adolescencias patologizadas. La clínica  
psicoanalítica frente al arrasamiento de la subjetividad*. Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires, Argentina: Noveduc.

Winnicott, D. W. (1986). *Realidad y juego*. Barcelona, España: Gedisa.